

Daba compasión oír esa voz de niño que temblaba en medio de aquel oscuro camino y que cantaba para quitarse el miedo; mas de repente aquel canto cesó.

Una cosa terrible se acercaba, algo más negro que el espacio, como si las más lejanas tinieblas avanzasen hacia el niño para envolverle.

Pero antes de ver lo que era oyó imponentes gritos, gritos humanos mal articulados, seguidos de otros al parecer aullidos ó ladridos sordos; luego golpes rudos mezclados con un ruido semejante al de un fuerte chaparrón, y de pronto retumbó un terrible mugido. Bueyes, son bueyes; un gran rebaño que rodea al pobre Jack, que le cercan y le hacen dar vueltas. Siente el soplo húmedo de sus alientos, el latigazo de sus rabos y el calor que despiden.

Avanzan como una tromba, acompañados por dos grandes perros dogos y dos hombres, pastores ó carniceros, que corren detrás de aquel ganado indisciplinado y feroz, empujándole á trancazos y dominándole con su gritería.

Cuando pasaron, el niño se quedó sin movimiento, sobrecogido por el terror que experimentara. No se atreve á dar un paso. Estos han pasado ya; pero otros pueden venir. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Marchar á campo traviesa? Se extraviaría, y luego, ¡está tan oscura la noche! Llora, cae de rodillas, quisiera morir allí; mas el ruido de un coche y la vista de dos faroles que observa desde lejos en el camino, le dan ánimo, y sacando fuerza de su propia flaqueza, grita:

—¡Caballero, caballero!

El vehículo se pára, y sale de la cubierta una gran gorra con orejeras que se inclina para enterarse de dónde ha podido salir aquel grito tímido.

—Estoy muy cansado, dijo Jack temblando. ¿Queréis hacerme el favor de dejarme subir un poco en vuestro carruaje?

El hombre de la gorra titubea en responder; pero desde el fondo del coche una voz de mujer pronuncia estas palabras:

—¡Pobrecillo! Déjale que suba.

—¿Adónde vais? pregunta el de la gorra.

—A Villeneuve Saint-Georges.

—Está bien; subid.

Ya está en el coche, envuelto en una buena manta de viaje, sentado entre un caballero bastante grueso y una señora que no lo es menos, que miran con curiosidad á aquel pequeño colegial, y se preguntan: ¿Adónde, Dios mío, irá tan tarde y solo?

Jack tenía muchas ganas de decir la verdad, pues aquellas buenas gentes le inspiraban confianza; pero no; tiene miedo de que le riñan por haber obrado mal, y entonces inventa una historia.

—Mi madre está enferma, muy enferma en el campo, en casa de unos amigos... Me han avisado por la tarde y me he puesto en marcha en seguida, á pie, no teniendo paciencia para esperar al día siguiente la salida del tren.

—Lo comprendo, dice la señora, que parece muy simpática é ingenua.

Y el hombre de la gorra lo comprende lo mismo, sólo que hace algunas observaciones llenas de cordura respecto á la imprudencia de correr los caminos á semejantes horas y á los peligros á que se exponía. El buen señor se complace en enumerarlos, y después pregunta al joven en qué parte de Villeneuve moran los amigos de su madre.

—En el otro extremo del pueblo, responde Jack con viveza, en el último edificio á la derecha.

Es una felicidad que sea de noche, y que su rubor se oculte tras de la cubierta del coche; pero no han concluído aún las preguntas. Marido y mujer son muy habladores y muy curiosos; pertenecen á esa clase de parlanchines con quienes no se puede estar cinco minutos sin conocer todos sus negocios.

Estos son traficantes en paños, que viven en la calle *des Bourdonnais*, y que todos los sábados salen de París para ir á pasar el domingo en una preciosa casa de campo de su pertenencia, situada en un sitio

muy pintoresco de Soisy-sous-Etiolles.

—¿Está muy lejos el pueblo ése de Etiolles? preguntó Jack estremeciéndose.

—¡Oh! no... se tocan, responde el señor de la gorra, dando un latigazo al jaco.

¡Qué fatalidad!

Si no hubiera mentido; si hubiera confesado sencillamente que se dirigía á Etiolles, hubiera podido continuar su camino en aquel coche, que corría con tanta igualdad en medio de aquel surco de luz movable y tranquilizadora. Podría seguir extendiendo sus piernas, entumecidas por el cansancio, y aun dormirse envuelto en la manta de la señora, que le preguntaba muy á menudo si estaba á gusto.

¡Ah! Si tuviera siquiera suficiente valor para decirles: «He mentido. Nada tengo que hacer en Villeneuve. Voy más allá; voy al mismo punto que vosotros.» Pero eso era exponerse á que le despreciaran, á que esas buenas gentes desconfiaran de él, y prefería lanzarse otra vez á los peligros de que le habían librado.

A pesar de esto, cuando les oyó decir que llegaban á Villeneuve, el niño no pudo detener las lágrimas.

—No lloréis, hijo mío, le decía la señora. Es fácil que vuestra madre no esté tan mala como creéis, y su vista os tranquilizará.

En el último edificio del pueblo el coche se paró.

—¡Allí es! dijo Jack sumamente conmovido.

La mujer le abrazó, y el marido le apretó la mano ayudándole á bajar.

—¡Ah! qué feliz sois, puesto que habéis llegado ya. Nosotros tenemos que caminar aún cuatro leguas largas.

Y él también tenía que andarlas.

Era cosa terrible.

Una vez apeado, se acercó á una verja fingiendo que quería llamar.

—Vaya, buenas noches, le dijeron sus amigos.

—Buenas noches, respondió con voz ahogada por los sollozos.

Y el coche, dejando la dirección de Lyon, tomó á la derecha una ruta bordeada de árboles, dibujando con sus fa-

roles un círculo luminoso en la oscuridad de la llanura.

Entonces el infeliz muchacho, figurándose que podría seguir aquella luz protectora, se lanzó corriendo detrás del vehículo; mas sus piernas, que el cansancio concluyó por hacer más delicadas, le rehusaron su servicio; y después de algunos instantes de marcha, cayó al suelo llorando desesperadamente, mientras que el hospitalario coche continuaba con tranquilidad su viaje, sin que los que iban dentro sospecharan que dejaban detrás de sí una tan profunda y completa desesperación.

El pobre niño se tiende en la orilla del camino, y aunque hace frío y la tierra está húmeda, no se preocupa ni poco ni mucho; no le importa. La fatiga le obliga á ello.

A su alrededor no ve más que la inmensidad del campo, no percibe más que el murmullo de las hojas mecidas por aquella brisa, y mil y mil ruidos misteriosos parecidos á suspiros, que le envuelven, le arrullan, le tranquilizan, y se duerme profundamente.

Pero nuestro pobre niño está en desgracia, pues un ruido espantoso le despierta sobresaltado.

¿Qué sucede?

Con los ojos apenas abiertos Jack ve en el talud, á algunos metros del sitio en que está echado, pasar una cosa monstruosa, terrible, un animal que aulla y silba, todo al mismo tiempo, con dos enormes ojos saltones arqueados y sangrientos, y cubierto todo su cuerpo por largas anillas negras que se desarrollan despidiendo chispas. Este monstruo huye en medio de la oscuridad, como si fuera la cola inmensa de un cometa, que hiende el aire con un ruido espantoso.

En los sitios por donde pasa, la noche desaparece, las tinieblas se rasgan y se ve un poste, un grupo de árboles, una caseta; pero las sombras vuelven de nuevo después de su paso, y cuando su aparición está ya lejos, se ve, como indicio de su existencia, una lucecita verde. Por ella el niño, un tanto repuesto, se da cuenta de que aquella visión era una realidad.

Era un tren expreso.

¿Qué hora es? ¿En dónde se halla? ¿Cuánto tiempo ha dormido? No lo sabe; mas ese sueño le ha hecho daño, pues se ha despertado tiritando, sus miembros están entumecidos y su corazón encogido por el terror.

Se levanta, mas al andar por el camino, enjugado y endurecido por el viento de la noche, sus pasos producen tal ruido, que le parecen dobles, y creyendo que le persiguen, se da á la fuga con vertiginosa rapidez.

Corre en línea recta en la sombra y en el silencio; atraviesa un pueblo en que todos los vecinos están entregados al reposo; pasa al lado de un campanario y oye dar las dos. Luego otro pueblo, las tres. Anda, anda siempre, le dan vahidos, sus pies arden; pero no cesa de andar.

De vez en cuando encuentra alguna diligencia cubierta con su toldo, y en la que todo duerme, hasta los caballos y el mayoral.

El niño pregunta:

—¿Estoy muy lejos de Etiolles?

Un gruñido le contesta.

Pero he aquí que muy pronto otro viajero va á ponerse en camino con él, por la campiña; un viajero cuya marcha anuncia el canto del gallo y el de las ranas en la orilla del agua. Ese viajero es el día, el día que aparece entre las nubes, indeciso aún respecto al itinerario que seguirá. El niño advina que va á llegar y participa del contento de la naturaleza.

De repente, delante de él, en dirección de Etiolles, en donde le han dicho que se halla su madre, el cielo se abre rasgándose, y aparece una línea luminosa que va extendiéndose por el horizonte y que, ensanchándose después, da paso á los primeros rayos del sol.

Jack marcha hacia aquella claridad, y marcha dominado por una especie de delirio que duplica sus fuerzas, pues tiene la intuición de que su madre está allá abajo, no muy lejos ya.

El camino aparece completamente claro, y el miedo huyó con el día. La carretera se halla en buen estado, sin

zanjas ni montones de piedra, hasta el punto de que los coches de lujo pueden rodar con mucha suavidad.

A cada lado se ven suntuosos edificios bañados por el rocío y por los primeros rayos del sol, y los jardines presentan á la vista del niño sus parcelas llenas de flores y sus calles sombreadas por el follaje.

Entre las casas blancas aparecen los viñedos y las verdes praderas, que descienden hasta el río, que se ve relucir á lo lejos, reflejando la claridad matutina que va creciendo por momentos.

¡Oh! date prisa en lucir, aurora benéfica, para que des un poco de calor, de esperanza y de fuerza al niño extenuado que se apresura, tendiéndote los brazos.

—¿Estoy aún muy lejos de Etiolles? preguntó Jack á unos campesinos que pasan por grupos aún medio dormidos y con las alforjas al hombro.

—No; seguid siempre derecho por en medio del monte, le contestan.

El bosque por entero se despierta en aquel momento; los pájaros pían, arrullan y gorjean entre el follaje; las ramas de los árboles se rozan y se inclinan con el aleteo de las aves nocturnas que vuelven á sus misteriosos abrigos; y mientras esto ocurre en el bosque, las alondras extienden sus alas en la llanura y se elevan cantando, trazando ese primer surco invisible en el que se unen, durante los hermosos días de verano, la calma del cielo y todos los ruidos de la tierra.

El niño no anda ya, se arrastra. Una anciana andrajosa y mal encarada, pasa á su lado llevando una cabra. Preguntaba otra vez:

—¿Estoy lejos de Etiolles?

La vieja le mira de mal talante y le señala un caminito lleno de piedras y muy pendiente que se halla en la orilla del bosque. A pesar de su cansancio sigue andando sin pararse.

El sol calienta ya, y Jack comprende que llega al término de su viaje. Marcha encorvado, tambaleándose y tropezando con todas las piedras que ruedan alrededor de sus piés; pero anda.

Por fin, en lo alto, distingue un campanario que se eleva por encima de

los tejados agrupados entre una masa de follaje. Vamos, otro esfuerzo; es preciso llegar hasta allí... Pero le faltan las fuerzas.

Se cae, se levanta, vuelve á caer, y á través de sus párpados, que se cierran, entrevé cerca de él una casita cubierta desde el suelo hasta el palomar por un emparrado y plantas trepadoras.

¡Oh! ¡Qué linda es esa morada y qué tranquila! Todo está cerrado todavía, pero la gente que vive en ella no duerme, pues se oye una voz femenina, fresca y alegre, que canta:

Mis zapatos son encarnados,  
Amiguita mía.

¡Esta voz! ¡Esta canción!... Jack cree soñar; mas las dos hojas de una ventana se abren y una mujer aparece en

el hueco con un traje de mañana, los cabellos recogidos encima de la cabeza y los ojos cargados aún por el sueño.

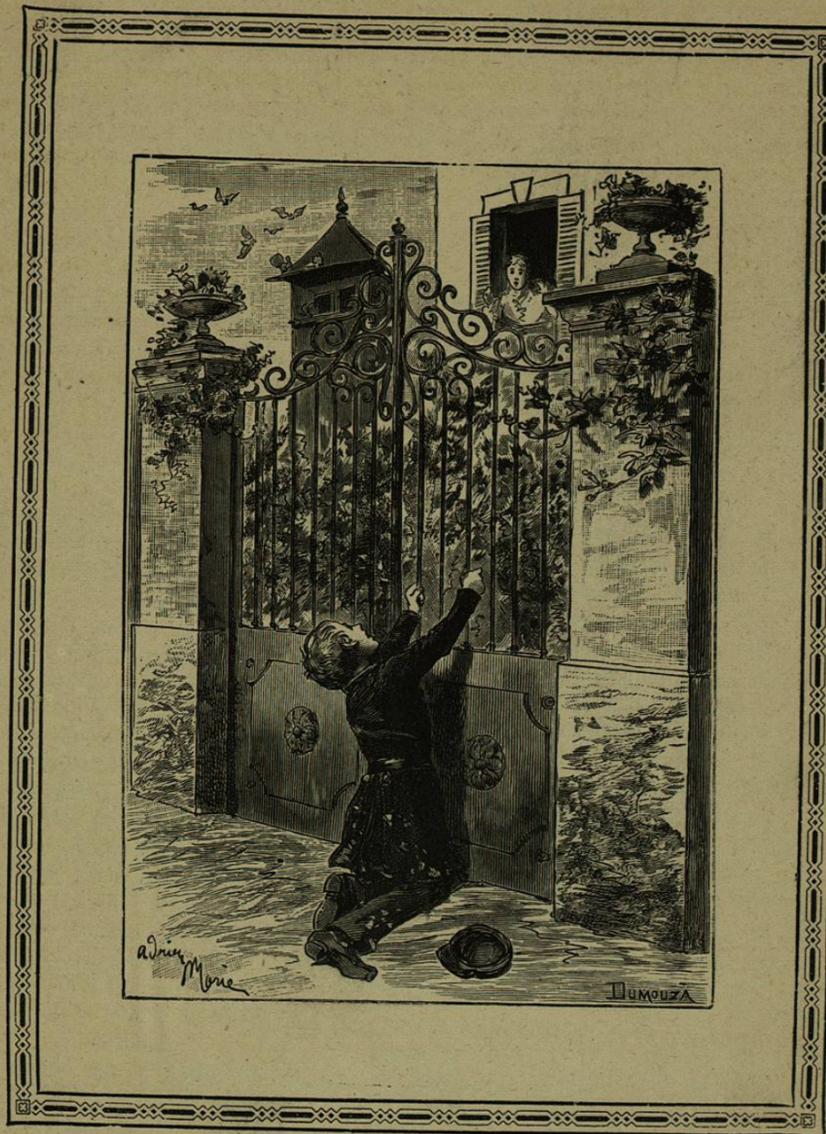
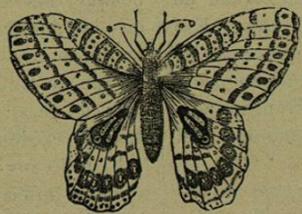
—¡Mamá, mamá! exclama el niño con débil voz.

La mujer se queda estupefacta; mira, escudriña con la vista durante un minuto, deslumbrada por la claridad del sol, nada distingue al principio; luego, de repente, divisa aquel pequeño ser lleno de lodo, pálido, con los vestidos destrozados y casi expirante.

Y lanza un grito.

¡Jack!...

En un momento llega á su lado, y con todo el calor de su corazón de madre, abriga al niño medio muerto por los terrores, las angustias, el frío y la oscuridad de aquella espantosa noche.



—¡Mamá! exclama el niño con voz débil.